

*FLORES
PARA LAS
ÁNIMAS*

*FLORES
PARA LAS
ÁNIMAS*

SILVIA G. COILLARD

Primera edición, 2015

© Silvia Gómez Coillard, 2015

© Triskel Ediciones, 2015

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

ALL RIGHTS RESERVED

978-84-943146-8-1



TRISKEL EDICIONES

C/ Rayo de Luna, 5, 3ºB

41009, Sevilla, España

Triskeediciones@triskeediciones.es

www.triskeediciones.es

Diseño cubierta: José Antonio García Domínguez

EDITADO EN ESPAÑA

PUBLISHED IN SPAIN

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier media, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

Al Amor, la única flor inmarcesible, capaz incluso de crecer en
el desierto.

A Rafa, porque siempre creíste en mí, porque todo lo ocupas.

A Indira, porque te llevé dentro y, sin tú saberlo, fuiste
cómplice de mis letras.

París, 1902

“Siete incondicionales a tus pies, postradas al alba. Una por cada pecado cometido, por cada día de la semana, por cada promesa sin cumplir... Desgranadas del remordimiento y arrancadas de este corazón maldito, todas por y para ti.

La roja, la más hermosa de entre todas, en el centro, como el delito de sangre. A su alrededor cinco blancas para el perdón del alma, ese que nunca llega. Y la última amarilla, casi inadvertida, como los rayos de luz que iluminan la esperanza...”

La joven contemplaba ensimismada aquel *bouquet*, sus siete rosas le devolvían miradas mudas e intrigantes. Silencio absoluto.

Con expresión circunspecta, regresó su atención al mensaje que lo acompañaba, releyéndolo palabra por palabra. Imposible. No lograba descifrar el enigma escondido en sus siete damas perfumadas, ni en aquella desconcertante nota.

Recibido a primera hora de la mañana, el ramo traía destinatario, incluso dedicatoria... mas no remitente.

Releyó un par de veces la extraña misiva sin comprender el significado del mensaje, que más bien parecía una adivinanza. Venían a su nombre, la caligrafía impecable, no existía probabilidad de confusión; pero un año en París no bastaba para entablar relación con nadie, no para una provinciana como ella, y aún menos como para ser obsequiada con aquel anónimo ramo tan misterioso... Tampoco era habitual regalar flores a la dependienta de una floristería.

Se trata de un error, resolvió acariciando con aire ausente uno de los pétalos aterciopelados.

La puerta se abrió de repente con un tintineo inesperado, rescatándola de sus pensamientos. Soltó las flores y una sonrisa de repuesto se compuso en su níveo rostro. Su mirada encontró la de un cliente desconocido. Como todos los que visitaban la floristería, el recién llegado quedó absorto ante la variedad de colores y aromas que se concentraban en el modesto local.

Tras descubrirse de su sombrero de fieltro dirigió una mirada curiosa a los tulipanes, atraído por sus esbeltos tallos, y luego oteó las azucenas invadido por un hálito de súbita nostalgia; se le veía indeciso, maravillado como una abeja sobrevolando *Les Jardins de Luxembourg*.

—¿Puedo ayudarle, *Monsieur*? —La voz de la florista, apenas un murmullo atiplado, despertó al visitante de su ensoñación.

—Le estaría inmensamente agradecido, *Mademoiselle*. No soy ningún entendido en flores y necesito consejo.

—Me hallo a su entera disposición. ¿Qué es lo que venía a buscar?

—Un presente para una dama. Había penado en algo sencillo, discreto; no quisiera pecar de atrevimiento.

—¿Es para algún familiar o...?

—En realidad no. Es para una amiga —admitió comedido pese a las canas que cubrían su cabeza descubierta.

—Muy bien. En ese caso, ¿qué tal unos crisantemos blancos? Podría salpicarlos con violetas dobles y calas anaranjadas. —Salió de detrás del mostrador y tomó con delicadeza un ejemplar de cada una. Sus manos finas los acunaron con mimo—. En el lenguaje de las flores su significado se traduce en sinceridad, nobleza, elegancia y amistad: nada comprometedor ni ostentoso. En mi opinión, supone un detalle cortés pero prudente.

El caballero examinó las flores que la muchacha sostenía, analizó la composición que formaban, y por su expresión se diría que vacilaba; no obstante, transcurridos unos segundos, la sombra de la duda fue sustituida por una sonrisa de aprobación. —Qué diantres, me las llevo—.

Al final de la jornada, cuando la floristería *Fleurs d'Arc-en-ciel* quedó vacía, Lissette regresó a la contemplación del enigmático *bouquet*. En el lenguaje de las flores las rosas constituyen ejemplares puros. En un ramo, de no mezclarse con otras especies, entrañan sentimientos y emociones absolutas. Poderosas.

La florista negó con la cabeza dejando escapar un suspiro, mitad cansancio mitad incompreensión, alojó el ramo en un jarrón más del comercio y se anudó el sombrero para salir: definitivamente se trataba de un error.

CAPÍTULO 1

París, meses atrás

Había estado acechándole durante las últimas cuatro semanas, tiempo suficiente para atesorar sus costumbres. Y en el transcurso de aquellos días había aprendido a detestarle, a él y a su execrable mundo.

Le repugnaba su elegante figura, los diminutos ojos incrustados en un rostro impoluto y carente de humildad, tan vacíos... y aquella forma suya de mirar en derredor fingiendo condescendencia... El asesino respiró profundo para detener las olas de repudio que le instaban a acelerar el paso en pos de su víctima. Se trataba de un encargo y, aunque el desprecio por su presa motivaba sus instintos más primarios de depredador, quedarían relegados a un segundo plano, domeñados por la debida templanza que exigía su trabajo.

Aguardaba paciente bajo la lluvia cuando al fin le vio salir. Como cada miércoles el sujeto acostumbraba a almorzar en un *restaurant* del *Boulevard Malesherbes*, siempre sin compañía, y seguirle había resultado pan comido. Observó a su presa, ahora se le veía satisfecho tras regalarse con aquel banquete privado a base de ostras y exquisiteces varias, y caminaba sin prisa por el *boulevard*, con el bigote bien atusado y el vientre lleno.

Por un momento, Gauthier imaginó el cuello del individuo cercenado por su afilado cuchillo, rindiéndose la sangre a su merced y encharcando el pavimento llovido sin el menor rastro de decoro. El calor recorrió sus sienes al instante y comenzó a andar en pos de este, las pisadas avivadas por lo sugerente de la visión.

En el empedrado, el relincho de carruajes se entremezclaba con bocinas de automóviles y voces de carretilleros. Los paraguas de los transeúntes se sorteaban entre sí a lo largo de la acera, danzaban en coordinación milimétrica y esquivábanse los unos a los otros en perfecta armonía, asemejándose a un vals al aire libre que se prolongara por ambas orillas del *Boulevard*. El cielo gris de un París encapotado alimentaba la sensación de *déjà-vu* en la mente del acechador, un hombre tan fiero como calculador.

Durante noches, había visualizado el ansiado encuentro y ahora sentía acercarse el momento con impaciencia.

El reloj marcaba las tres en punto de la tarde. El mortal estrategia esquivó con presteza los peatones que se interponían en su camino; sabía bien adónde se dirigía. Tras su copioso almuerzo, el “elegido” gustaba de un paseo por el parque Monceau y un digestivo en el mismo *café* de siempre, una insignificante llovizna no le haría renunciar a su plácida cotidianidad de pequeños lujos.

Se enfundó en su gabán y continuó al mismo paso, con su sombrero de ala jaspeado por la lluvia. Era fundamental mantener la distancia, para Gauthier el secreto consistía en aguardar al momento preciso y no precipitarse, y mientras caminaba sin perder el rastro se repetía aquella máxima, concentrado en prolongar la contingencia de sus impulsos homicidas, sus dedos acariciando el filo del arma oculta.

Ya habían girado a la izquierda por el *Boulevard des Courcelles* en dirección a la entrada principal del parque, todo transcurría según lo previsto. El acaudalado banquero paseaba su elegante levita evitando los charcos que empezaban a formarse en la acera. Ya faltaba poco: en breve se internaría en el *Parc Monceau* pero jamás saldría de allí con vida. La tarde sonreía a Gauthier, que casi podía saborear las mieles de la victoria, y ni todo el oro del mundo lograría asemejarse a la sensación de triunfo, a la embriaguez de poder que recorría sus venas cuando arrebatava el hálito de sus condenados.

Su parca mirada se estrechó sobre la espalda del acechado, el asesino vibraba deleitado por los acontecimientos inminentes. De nuevo paseó sus dedos por el interior del bolsillo de su chaqueta donde aguardaba el filo.

Al fin aparecían frente a ellos las majestuosas cancelas del parque, con sus púas doradas en la cima. El pabellón de Chartres, palacete circular apoyado sobre columnas, y más conocido como la rotonda, invitaba a los caminantes distraídos a traspasar la verja para sumergirse en aquel idílico vergel. No obstante, en aquel día la muerte también había acudido y aguardaba escondida entre los parterres de flores y las estatuas de piedra.

Los árboles, mecidos por el viento, se alzaban en su interior apenas susurrando desgracia, sin alertar, cómplices de lo que acontecería bajo sus ramas. Gauthier divisó sus copas expectantes, regadas por una fina llovizna que no cedía, y aquella visión quedó grabada en la mente del asesino, como una imagen sacada de una postal.

El individuo en cuestión, un banquero de mediana edad apellidado Lefebvre, continuó su paseo por el *boulevard*, ajeno al fatal destino que le aguardaba tras la verja. Algo inexplicable sucedió de repente: la presunta víctima no se detuvo y pasó de largo la verja del parque —Imposible—. El gesto del predador se contrajo y las maldiciones se arremolinaron en su mente, invadida por la confusión y a continuación por la cólera.

Aquel cambio de planes resultaba inverosímil, sin embargo, así había sucedido y ya no habría marcha atrás para él.

Tras el repentino desconcierto, Gauthier reanudó la marcha en pos de su objetivo, que proseguía calle arriba bajo la lluvia. Había acelerado la marcha y cambiado de acera. Sentía cómo su presa se le escurría entre las garras. ¿A qué demonios jugaba? Hoy había fechado día para concluir el encargo y no habría retrasos.

—¡Ande con cuidado! —le imprecó un viandante con el que no supo calcular el espacio. Gauthier le había propinado un severo codazo en su impetuoso avance, olvidando las normas de aquel vals callejero; toda su respuesta fue una feroz mirada de reojo. Estaba perdiendo los nervios, debía conservar su sangre fría o semanas de trabajo habrían sido en vano. Llamar la atención mediante semejantes descuidos significaba ponerse en evidencia, así terminaría por atraer la mirada de Lefebvre y descubrir sus intenciones.

De repente, el adinerado burgués detuvo su paso en seco. —*¿Qué diablos hace ahora?*—. Gauthier prosiguió, a sabiendas de que el exceso de confianza promete ser un juego arriesgado, y que la fortuna cambia de bando demasiado a menudo. Su instinto le prevenía, obsesionado sin embargo en no perder el rastro, sus ojos esquivaron los diversos sombreros y parasoles que le separaban del escurridizo banquero y no cejó en su acecho. Y cuando al fin localizó su figura, la visión le perturbó: frente al

hombre se hallaban apostados dos paraguas negros, la lluvia caía sobre estos protegiendo del agua a su perseguido. No acertó a ver los rostros de sus dueños, que los esgrimían tan firmes como bayonetas, mas su olfato le advirtió del inminente peligro: había sido descubierto.

Perdido el dominio de la situación, precisaba idear una vía de escape para desaparecer de allí. Entonces advirtió que aquellos paraguas negros que custodiaban a Lefebvre no eran los únicos de la zona, otros idénticos merodearan las calles en derredor, y no sólo los localizó delante, sino también detrás suya, como si se tratara de... —¿Una emboscada?!—.

Apretó los puños, preso de la rabia, y giró a mano derecha con presteza, desviándose de la avenida principal, buscando despistarles. Callejeó frenético durante más de diez minutos, sin saber adónde ir y ojeando por encima del hombro de continuo. Atravesó la *rue* de Levis, dejando atrás el bullicio de sus tenderetes, y finalmente se internó en una discreta bocacalle desconocida para él.

Su elección daría paso a una arteria estrecha, un pasaje cubierto flanqueado por fachadas de madera y macetas, y cuya desembocadura quedaba amputada por un bloque gris de pisos. La idea de aquella ratonera no le seducía, pero ya no podía retroceder y decidió jugarse el todo por el todo a aquella carta umbría.

Recorrió unos metros del pasaje, evitando los comercios que parecían más concurridos, los viandantes se refugiaban así de la lluvia; casi al final del túnel entró en un discreto local con amplias cristaleras vestidas desde el interior por una fronda vegetal. Sus dedos volvían a agarrar el filo de su arma al amparo del abrigo, sin constancia alguna de dónde penetraba pero con el férreo propósito de escapar de sus perseguidores: Lefebvre recibiría su merecido, costara lo que costara.

Gauthier arrugó la nariz avasallado por decenas de aromas florales. Al entrar, la primera sensación había sido olfativa, y del pavimento mojado se sintió transportado a un jardín de exquisitas fragancias. Escuchó la algarabía exterior, y la lluvia repicando contra el techo acristalado del pasaje: allí fuera continuaban

buscándole. Por el contrario, no parecía que hubiera nadie en aquella floristería, y se alejó de la puerta por la que había entrado hacia el interior, sin deshacerse de su calado sombrero. Aguzó el oído, la lluvia seguía sonando, el desasosiego en la garganta pugnando por hacerse fuerte. Contuvo la respiración, Gauthier apenas necesitaba permanecer escondido unos instantes, sólo uno rato más hasta que los sabuesos le perdieran la pista.

Reculó de espaldas al mostrador, avistando en todo momento la puerta de entrada: como único testigo de su huida, las flores, apiladas en jarrones de porcelana y cestos de mimbre, todas ellas presenciando la escena en silencio. Juró y perjuró que lograría salir de esta, aunque sólo fuera para vengarse del responsable de aquella encerrona. Pagaría caro por tamaña osadía...

—Buenas tardes, *Monsieur*, ¿podría ayudarle en algo? —No la escuchó llegar. Una voz femenina emergió a su espalda, apenas un suave murmullo que acarició sus sentidos en guardia.

No se atrevió a mover un solo músculo, todos ellos en tensión, la voz atemperada que arrullaba desde el mostrador ni siquiera le sobresaltó como habría cabido esperar, no obstante permaneció de espaldas, apretando el arma bajo el gabán. Era la dependienta que había salido de la trastienda sin que él se percatara, Gauthier se sintió turbado por la musicalidad de su voz.

—¿*Monsieur*...? —La muchacha avanzó, extrañada de su mutismo. No debía llamar la atención y su silencio se había prolongado más de lo normal, sentía la presencia de la florista cada vez más cerca.

—Dígame, *Mademoiselle*, ¿es cierto que todas las flores esconden un significado? —aventuró, atrapando un ejemplar de uno de los jarrones del expositor, sustituto fortuito del mango de su hoja.

—*Bien sûr* —La joven se detuvo a escasa distancia, su oportuna intervención había evitado la catástrofe de un encuentro frontal. Al menos de momento...—. Todas y cada una de ellas responden a una emoción, una proposición o, en la mayoría de los casos, a un sentimiento. Por ello hay que elegir con cuidado a la hora de regalarlas o es muy probable que cometamos equívocos o atropellos sin tan siquiera sospecharlo.

—Entiendo... Creía que únicamente los jóvenes enamorados regalaban flores a sus pretendidas, o las viudas a los sepulcros de sus maridos. —Afuera, la lluvia y los parasoles continuaban con su danza, mientras Gauthier permanecía atento a los paraguas negros que de cuando en cuando se aproximaban al pasaje.

—Me hago cargo, es una creencia tan extendida como errónea. Pero imagínese que es el cumpleaños de un ser querido y le ofrenda con un ramo de hortensias y lavanda, ¿qué le parece a usted que expresarían?

—Déjeme pensar... ¿Podría tratarse de una invitación a cenar por su aniversario? —El perfume de la muchacha se elevaba exquisito endulzando el ambiente, más allá de las múltiples fragancias que brotaban de todas partes.

—A eso mismo me refería. En el lenguaje de las flores la lavanda significa desconfianza, y la hortensia frialdad. Un conato de gentileza se convierte de repente en un despropósito.

—Quizás las damas estén más al corriente de dichos lenguajes ocultos.

—Quizás... Por ello, si algún día advierte que su pareja porta un ramillete o adorna su cabello con semejantes especies, le aconsejo que se esfuerce por recuperar su afecto.

—Le agradezco el consejo, por ventura los pormenores sentimentales no amenazan con turbar mi vida.

—¿Está seguro? Su presencia aquí lo cuestiona. —Gauthier sintió los ojos de ella al clavarse en su espalda—. Si ha acudido a este lugar es porque, tal vez, alberga la esperanza de cambiar su suerte y “perturbar su vida”.

Gauthier sonrió para sus adentros, la encantadora joven de intuición fallida sospechaba un motivo bien distinto del que le había impulsado, o más bien obligado, a visitar el local; negó con la cabeza divertido, ella le creía cortejando a una dama para quien había venido a comprar un ramo.

—Y le ruego que no lo achaque a un entierro —prosiguió—, porque el luto nunca trajo a ningún cliente sin paraguas a una floristería, sólo el anhelo o una pasión desbocada arranca de cuajo la razón para correr en busca de una pulmonía.

—Yo...

—Descuide, no hay necesidad de fingir. Aquí somos expertos en el idioma del corazón, pero también lo somos en discreción —añadió sin darle tiempo a replicar.

—Veo que su olfato es excelente, *Mademoiselle*... —Sin sospechar la magnitud de su error, la propia joven le proveía de la coartada perfecta para permanecer allí el tiempo necesario sin tan siquiera volverse y mostrar su faz.

—Con el permiso de usted, sepa que no es el primer cliente que esconde su rostro al venir aquí.

—¿De veras...?

—Ajá. Algunos evitan ser reconocidos por simple timidez, otros por vergüenza, y los que más, por lo ilícito de sus intenciones; no son pocos los amantes que entran portando un anillo en el dedo. Mi misión consiste en asesorarles lo mejor posible. Esto es una floristería, los jueces se hallan en los tribunales y a las puertas del cielo, y yo sólo soy su dependienta. —El discurso de la joven ensanchó la sonrisa del empapado mercenario, ya casi había transcurrido el tiempo prudencial para reemprender su huída lejos del distrito diecisiete.

Jugueteeó con el diminuto ramillete de color blanco que sujetaba entre sus dedos, disfrutaba extrañamente de aquella entrevista. Su propio reflejo en el envés del escarapate sugería una figura sombría, y el de la joven que permanecía precavida a un par de pasos tras él, dejaba entrever una esbelta silueta de cabello oscuro y recogido, suficientes datos por ahora sabiendo que le era imposible volverse.

—Es usted muy perspicaz, *Mademoiselle*, aunque todavía albergo ciertas dudas sobre mi elección... ¿Acaso alguna de estas flores escondería pecados inconfesables?

—¿Como la maldad quizás?... —Presintió un destello de sarcasmo en la inflexión de su voz—. Si lo que pretende es desconcertar a su... a su amiga con un súbito ataque de crueldad, pruebe entonces con un puñado de lobelias atenuados por volutas de brezo y trinitarias.

—Sorpréndame, *Mademoiselle*, espero su traducción floral del mensaje que propone.

—Las lobelias son el sello adusto de la malevolencia, el brezo sin embargo lo es de la soledad, y como remate, la trinitaria representa la esperanza.

—Una de cal y otra de arena en el mismo *bouquet*... Soberbio. Se diría que me conoce, me pregunto si no se equivocó usted al escoger profesión.

—¿Qué insinúa, *Monsieur*?

—No tiene importancia, supongo, aunque tal vez debiera dedicarse a la lectura del tarot o las líneas de la mano, semejante talante visionario y la intuición que rebosa su persona son cualidades excepcionales que pasmarían al mejor de los videntes.

—¿Pretende reírse de mí? —Su tono se aseveró cortando el aire, no obstante, la naturaleza grácil de su voz la tornaban inmune a despertar el desaire de quien la escuchaba.

—Nada más lejos de mi intención, *Mademoiselle*, y le presento mis más sentidas disculpas si la he ofendido de algún modo —adujo en exceso solícito. Gauthier disfrutaba con la susceptibilidad de la florista y la tensión acumulada aquella tarde al fin iba cediendo a un nuevo juego donde el filo de su navaja yacía olvidado en algún rincón de su gabán—. Más bien buscaba obsequiarle con un halago, al parecer infortunado.

—No se imagina cuánto —atajó en seco—, y le agradeceré que, de ahora en adelante, se reserve su opinión en cuanto a mi persona se refiere.

—¿Habría alguna flor con la que rogar su perdón? ¿Una cuyo mensaje sugiriera el más puro de los arrepentimientos?

—Las reservadas para la Misa del domingo en *Notre Dame*, procure allí expiar su culpa y regalar esas flores al Altísimo. Y ahora, no nos desviemos del motivo de su visita, *Monsieur*.

—El motivo de mi visita, claro... ¿Lobelias pues...?

—Lobelias. Le van que ni pintado. —Él se sonrió ante la mordaz acometida de la joven, que se tomaba el turno de la revancha. Un paraguas a medio plegar se detuvo de repente frente a la entrada del establecimiento, Gauthier retomó la guardia al instante, regresando una mano al interior de su chaqueta. El paraguas sin embargo no era de color negro, sino estampado a rayas.

Segundos después la puerta se abría y asomaba el rostro demasiado maquillado de una dama; el sicario desvió la mirada hacia las canastas pobladas de petunias, aún con el albo ramillete en su mano y el sombrero calado sobre la cabeza. La prudencia de no dejar ver su rostro prevaleció sobre las normas de cortesía, y el sombrero quedó inmóvil.

—¡Lisette, mi querida niña! —saludó con efusividad la distinguida recién llegada—. Estás radiante.

Gauthier retuvo aquel nombre y lo paladeó en silencio: Lisette... Así era como se llamaba su valiente interlocutora.

—Madame Colbert, me halaga usted. Su visita a nuestra tienda es siempre un honor. Dígame, ¿qué le trae por aquí? —Su timbre se dulcificó en el acto, ignorando por un instante la presencia del insolente caballero y sus pretensiones florales de dudosa moralidad.

—Oh, se trata de mi marido. Me he propuesto festejar su cumpleaños por todo lo alto, planea invitar a sus colegas del Club de Tiro y quiero que todo luzca impecable para la ocasión. Necesitaré decenas de bouquets, cientos de guirnaldas para decorar el recibidor, vestíbulo y antecámaras, los salones, escalinatas...

—Eso no supondrá ningún problema, querida señora, tenemos cuanto precisa y más. Sólo hágame saber la fecha del evento, ya sabe que ha acudido al lugar idóneo.

—Lo sé, y quisiera que me aconsejaras para impresionar a nuestros ilustres invitados y, por supuesto, sin escatimar en gastos. Aún queda tiempo pero...

Madame Colbert reparó en el inoportuno caballero de gabán oscuro, cuya presencia persistía en el comercio; ni siquiera se había descubierto a su llegada, detalle irreverente que la eminente dama sentenció como imperdonable. Examinó la espalda del sujeto con disgusto, enfrascado en la contemplación de lirios y narcisos.

—Veo que estás ocupada, querida, ¿tal vez debería regresar en otro momento?

—En absoluto. *Monsieur* acababa de tomar una decisión respecto a un encargo y ya se iba, sólo nos queda formalizar el pedido, ¿no es así? —Elevó la voz para llamar su atención.

—Pensándolo mejor... —Gauthier disfrutaba, y afiló una lengua impertinente y amantísima del juego—. Las lobelias no terminan de convencerme, quizás su significado no sea suficientemente obtuso, necesitaría algo... cómo decirlo... ¿Más retorcido? —Sonrió de medio lado mientras Lissette palidecía y tensaba los labios, consciente del aprieto al que la sometía.

—Pero, pero... —Su voz se quebró temiendo acabar con la paciencia de su clienta y perder un negocio como aquel, la situación la superaba. Gauthier resolvió que no convenía tentar su buena estrella, y mucho menos presionar en demasía a la trémula joven que sin saberlo había salvado su vida. Puede que fuera un desalmado homicida, mas nunca un desagradecido.

—No se preocupe, *Mademoiselle*, entiendo lo complejo de mi petición y le ruego que me perdone por haberle robado su tiempo. Atienda con calma a *Madame*, volveré otro día para aunar criterios en materia floral y concluir así con nuestro colorido ensalmo, ya sea con lobelias o pecados capitales.

Sin volverse, descubrió sus cabellos a modo de despedida para de nuevo calarse el sombrero. Abrió la puerta sin esperar respuesta alguna y se internó en la selva de paraguas.

—Hasta más ver, Lissette... —susurró inaudible.



El Comisario Jefe Marcel Legrand, apodado “El Cazador”, maldijo para sus adentros: por más vueltas que le daba seguía sin entender cómo diablos había logrado escapar airoso de la emboscada que él mismo organizara. Le había costado paciencia y recursos, y gracias al esfuerzo derrochado todo salía a pedir de boca aquella tarde: el gancho le había atraído hasta el lugar preciso y ya casi lo tenían, pero “casi” es sinónimo de fracaso. Sus mejores hombres barrieron el distrito diecisiete y ni rastro del proscrito, como si la tierra lo hubiese engullido... Negó con la

cabeza y se sumió en un largo silencio, perdida la mirada en la ficha del caso.

Se había ganado el sobrenombre de “El Cazador” por su merecida fama de implacable caza delincuentes, pero hasta para una leyenda como él siempre existe un talón de Aquiles.

El Comisario Legrand se mortificaba buscando respuestas; hacía ya algunos años que perseguía sin resultado al que apodaban *Robespierre*, sobrenombre que aludía a su predilección por rebanar cuellos de aristócratas y sobre todo de la alta burguesía. El asesino en cuestión “guillotina” exclusivamente a caballeros con semejante perfil, y su firma se limitaba a una estocada mortal en el cuello con arma blanca.

En alrededor de dos años, el huidizo Robespierre había consumado más de una veintena de homicidios sin que nadie escapara con vida ni alcanzara a detenerle, o tan siquiera a identificarle. El Cazador era un hombre paciente pero, a este paso, Robespierre supondría el fin de su prestigiosa carrera.

—Comisario Legrand —uno de los agentes irrumpió de súbito en su despacho—, tiene que venir, ¡deprisa!

—¿Perdemos las formas, Delmas? —Atravesó con la mirada a su joven ayudante.

—Disculpe *mon Commissaire* pero es urgente, han encontrado un cadáver en mitad de *la rue* y creen que podría ser obra de...

—¿...Robespierre? —El severo rostro de Marcel Legrand se transformó en el acto, no salía de su asombro. Era imposible que hubiera actuado tan rápido, sólo unas horas antes habían disuelto el cerco policial que aseguraba el distrito diecisiete con personal de incógnito.

Un charco de líquido negro y espeso rodeaba la silueta que yacía sin vida, desparrramada sobre la acera en una sórdida calleja. La lluvia había cesado dando tregua a la ciudad de la luz y una farola cercana confería un halo fantasmagórico al cadáver todavía caliente. Cuando el Cazador llegó al lugar de los hechos, algunos curiosos se habían acercado a la zona y se agolpaban tras el cerco tratando de avistar más allá del acordonamiento oficial; Marcel

Legrand tuvo que esquivarles para comprobar por sí mismo la obra del asesino.

El cuello rebanado era su sanguinario sello, no cabía discusión al respecto, pero en esta ocasión había algo más...

—Siete puñaladas en el torso —informó el forense de guardia en un murmullo soterrado—. Una bonita carnicería...

El Cazador se arrodilló, destapó la sábana ensangrentada que cubría el cuerpo para examinar el rostro del pobre diablo. Se pasó una mano por los labios resecos y tragó saliva, esta descendió rasguñando su garganta, con la sorpresa y el malestar que crecían por momentos...

Sus inconfesables temores se confirmaron al reconocer al difunto: era el mismo hombre al que Robespierre había estado siguiendo horas atrás, el mismo que acudiera a la Comisaría hacía días con la certeza de que alguien le acechaba, y el mismo que aceptara colaborar para tenderle una trampa...

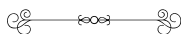
El Comisario observaba ahora al exánime banquero sin pestañear, rivalizando en palidez con el mismísimo cadáver.

Tapaba ya el cuerpo sin vida cuando un detalle despertó su interés, apenas una pincelada hasta entonces desapercibida que frenaría su mano al cubrir al cadáver. Descubrió de nuevo el torso enchaquetado y ensangrentado de la víctima: Robespierre se había ensañado particularmente con el infeliz que yacía tumbado bocarriba, reparó en sus ropas saeteadas por certeras cuchilladas. Sin embargo, un ramillete de flores blancas engarzado a la solapa de su levita rezaba intacto, sin mácula del líquido carmesí.

Atrapó el adorno floral para verificar sus sospechas: en efecto, este permanecía impecable en su sitio. Ni tan siquiera una lágrima de sangre había rozado uno solo de sus pétalos...

Antes de que el fotógrafo policial capturara las imágenes para la investigación, El Cazador guardó las flores con disimulo sin que nadie se percatara de ello. A su espalda escuchó el sonido de unos cascos retumbando sobre el empedrado, aproximándose al trote: la carroza mortuoria llegaba tirada por dos corceles, tan negros y relucientes como si fueran de obsidiana. Legrand abandonó sombrío el lugar, de nuevo la lluvia rozaba la nocturnidad de un

París que se sumía en el olor a muerte sin que hubiera sido capaz de evitarlo.



Desde la ventana de su buhardilla, Theodore Gauthier contemplaba la ciudad que había sucumbido, una vez más, a su implacable azote. Nunca había cometido retraso alguno en sus encargos, y “el inconveniente” de aquella tarde no iba a marcar la excepción. Sentado en el quicio, limpiaba el filo punzante del arma, con delicadeza, útil predilecto con el que había silenciado para siempre al bastardo que facilitara su emboscada... Ni siquiera la oportunidad de gritar, se relamió con una taimada sonrisa de satisfacción sabiendo que su identidad seguía a salvo.

Allí abajo, el dilatado devenir de transeúntes tardíos invitaba a sumárseles en su deambular nocturno, le apetecía abandonar el nido, acercarse a alguno de los locales de *Montmartre* y celebrar su merecida victoria; el éxito de su empresa le había abierto apetito de absenta, su bebida predilecta, servida generosamente en *Le Bronillard* o en cualquiera de aquellos antros de decadencia frecuentados por tertulianos y artistas. En los tiempos que corrían se reproducían como chinches. La prudencia no obstante, le convenció para no salir de su guarida, al menos por aquella noche.

El mercenario evocó la floristería en las inmediaciones del *Parc Monceau* y lamentó no contar con aquel ramillete entre sus dedos. Cierto es que los muertos están en su derecho póstumo de ser obsequiados con flores y conservarlas, aún más cuando constituyen un mensaje en clave dedicado a su fiel perseguidor. Daba por sentado que su fan número uno y antagonista por excelencia, el Comisario Marcel Legrand, “El Cazador”, habría recibido aquella misiva que con tanto esmero y vileza le había reservado.

—¿*Monsieur*...? —El asesino rememoró el tono de sorpresa con que la florista le recibiera minutos después de su primera partida del comercio, al que había regresado justo antes de reanudar el acecho de su presa. Aunque apostado de frente durante aquella

segunda visita a la floristería, conservó el sombrero, con el ala baja, y mantuvo alzado el cuello de su gabán, quedando el rostro encubierto; ella sin embargo había reconocido de inmediato su silueta.

Tras su primer encuentro, Gauthier había aguardado al fondo del pasaje a que de nuevo estuviera sola, calculando a su vez un margen de tiempo razonable para concluir su sangriento encargo.

—No quería interrumpirla, *Mademoiselle*. A su rancia clienta, Madame Colbert, no le agradaba mi presencia, hubiera sido un abuso por mi parte entorpecer un *affaire* que prometía los beneficios de todo un mes.

—¿*Et alors...*? ¿A qué ha venido entonces? ¿Qué es lo que desea?

—Pagarle, *bien sûr*.

—¿Pagarme? Aún no ha realizado pedido alguno, no hemos concretado el *bonquet* que desea para su amiga.

—Se equivoca —apuntó al diminuto ramillete de florecillas blancas que sostenía desde su visita inicial—, me lo he llevado sin permiso, y creo que esta menudencia es perfecta para comenzar... Pongamos que... ¿Un diálogo de amor? Quiero que sea el primer paso para romper el hielo con mi pretendida.

—Entiendo... —suspiró ella—. Busca iniciar el coqueteo suscitando misterio, despertando curiosidad ante el cortejo de un galán desconocido, porque en realidad no se conocen, ¿verdad?

—No hemos sido lo que se dice formalmente presentados.

—Dada pues su condición de anónimo... —prosiguió—. Qué mejor recurso que el de unas flores para intrigarla.

—Aunque no es coqueteo sino juego, aspiro a entablar un juego con la dama en cuestión.

—¿Y cuáles son sus reglas?

—Me propongo guiarla, proporcionarle pistas que le conduzcan hasta mí, pero poco a poco, sin prisa. Deseo que conozca aspectos íntimos de mi persona. Si yerro y no calculo bien mis pasos, me descubrirá antes de lo previsto; de atraparme prematuramente, sin saber qué hay tras la máscara. El juego y el romance se extinguirán sin tan siquiera consumarse, como el mensaje cifrado de mis ofrendas florales, que quedaría inconcluso.

Pero si logro perpetuar la expectación hasta el momento idóneo...

—... prolongando el suspense, manteniéndola en vilo hasta que descifre esa misiva, habrá triunfado —completó ella—: conquistará su amor. Fin del juego. Con el ansiado desenlace será suya, y juntos saborearán las mieles de una compleja y laberíntica pasión —resolvió la muchacha con desdén ante sus propias deducciones.

—Brillante. Pero ¿A qué viene tanto disgusto? ¿No le agradan mis planes?

—Sus lances amorios no son de mi incumbencia, ya le advertí que mi misión no consiste en juzgar a nadie.

—En ese caso, no se muestre tan enojada conmigo, estoy aquí en calidad de cliente, de confidente si usted me lo permite...

—De cliente a secas, *Monsieur* —abrevió apresurada, lo que incitó la sonrisa en el caballero.

—Como guste, *Mademoiselle*. Usted me ayudará con mi pequeño juego de adivinanzas y yo prometo pagarle una suma más que generosa, no sólo por las flores, sino por sus servicios y la garantía de su reserva.

—¿Y qué es lo que se supone que he de hacer exactamente?

—Me proveerá de las flores y *bouquets* que yo estime oportunos para mi conquista, enseñándome a transmitir ciertos mensajes que le iré dictando, sin cuestionar mis decisiones al respecto. Mantendré mi identidad en el más absoluto de los anonimatos, y jamás revelaré mi nombre.

Una suerte de silencio meditabundo sorteó la estancia.

—Está bien —concedió a regañadientes la muchacha, el caballero salvó distancias, se desenguantó y estrechó con delicadeza la mano de ella—. Para empezar, como su asesora floral, le diré que ese ramillete que porta no es una buena opción para un comienzo...

—¿Y eso por qué? —observó inquisitivo sus pétalos blancos.

—Pues... su significado resulta amenazador.

—Yo sólo veo unas florecillas inofensivas, algo insulsas tal vez...

—Error. Sus inofensivas protegidas son flores de ciruelo, y significan de manera textual: “Advertencia”.

Gauthier no pudo sino sonreír y desenfundar su billetera, sobre el mostrador, donde depositó una cantidad de francos que superaba con creces el coste de su adquisición. No admitió réplica.